

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

NO IV

MADRID, 8 DE AGOSTO DE 1909

NÚMERO 84



GRANDEZAS HUMANAS

(CONCLUSIÓN)

Sí, yo, señor... Era joven, inmensamente rico, gozaba en la corte de vuestro augusto padre de todos los prestigios de mi nobleza. Me creía todopoderoso, y ambicioné más: ser amo y señor del reino á título de privado del Rey. Para esto era preciso hacer caer

Ayuntamiento de Madrid

en desgracia al que ocupaba tan alto cargo. Tramé una conspiración, fuí descubierto, y con la huída salvé la existencia, lo único que pude salvar, porque todos mis títulos y todas mis riquezas fueron confiscados, y de la noche á la mañana me vi sin otro amparo que el de Dios y sin otra fortuna que la de la voluntad de los hombres para los cuales desde la cumbre de mi grandeza sólo tuve desprecios. Y rodando por el mundo en busca de un pedazo de pan vine á aceptar resignado este humilde puesto en que me veis. Y tarde, muy tarde, he aprendido que la suerte de los mortales es veleta á merced de los vientos de la caprichosa fortuna. Y el que hoy es señor del mundo, mañana tal vez puede verse pidiendo limosna en una carretera...

Dijo el viejo; sus últimas palabras las ahogó el ruido ensordecedor del rápido que á toda máquina desfiló arrojando espesas bocanadas de humo.

El viejo, después de quitar la pesada cadena del paso á nivel, volvió á acercarse al Príncipe, preguntándole:

—¿Desea algo más V. A...?

—¡Que te quites de delante, viejo parlanchín!—refunfuñó el Príncipe.

El automóvil cruzó la vía, y momentos después desapareció envuelto en espesa nube de polvo.

II

La lección viviente que recibió el Príncipe con el encuentro de aquel malaventurado duque de Reseda, no hizo gran impresión en su espíritu. Continuó altivo y soberbio despreciando á los míseros mortales, creyendo ser él solo de una raza privilegiada, como si al fin y al cabo todos los nacidos no fuésemos de barro deleznable.

Y tal vez el Principito hubiera emulado la tristemente célebre fama de un Nerón ó de un Heliogábalo si los inexcrutables designios de la Providencia no hubieran determinado que los elementos díscolos del reino, apoyados por una nación vecina, triunfasen en la sangrienta revolución que promovieron para conseguir sus fines de derrocar al viejo monarca y cambiar radicalmente el régimen político del país.

El Rey destronado, su hijo el príncipe Lindoro y otros individuos de la real familia pudieron esquivar la ira del pueblo embarcándose disfrazados en un transatlántico con rumbo á América.

Quiso la malaventurada suerte de los pasajeros que el barco naufragara. El Rey y su familia lograron ocupar un bote de salvamento.

Habían ábrado su vida, aun cuando dejaron enterrada en lo hondo del Oceano toda su fortuna, consistente en las valiosas joyas que pudieron recoger en su azarosa fuga.

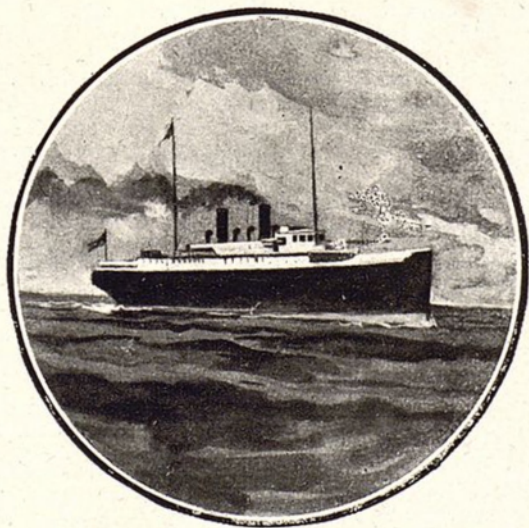
.....

Por los grandes bulevares de París se pasea por mañana y tarde, vestido con gorro y mandil blanco, á estilo cocineril, un arrogante mozo que lleva colgando del cuello una tabla llena de cucuruchos blancos, y que en francés desdichado, que revela á un extranjero, vocea incesantemente:

—¡ A las ricas patatas fritas! ¿Quién quiere un cucurucho...?

Todas las grandezas del altivo príncipe Lindoro han venido á parar en ser un vendedor callejero de patatas fritas.

D. LARRÚ.





ALFONSITO EL SABIO

(CONTINUACIÓN)

LATORRE. ¡Ea! Basta de ciencia. La gente menuda á jugar al aire libre y nosotros á echar nuestra partidita de tresillo ¿Hace?

D. JUAN. Con mil amores. Ya sabes que el tresillo me encanta. *(Salen los niños, y Emilia, Latorre y D. Juan se colocan en torno de una mesita de juego y comiéndanse á preparar las barajas y las fichas de tresillo.)*

ESCENA II

EMILIA, LATORRE y D. JUAN

EMILIA. Juan, ¿tú has visto un padre como éste? A otro se le caería la baba.

LATORRE. Déjate de babas.

EMILIA. Si es verdad. Otro padre estaría encantado, y á ti parece que te disgusta que Alfonsito se luzca.

LATORRE. Entendámonos, mujer, entendámonos. A mí me satisface, me encanta, que el chico estudie y que aprenda. Pues nadie lo diría.

EMILIA. Lo que no me encanta ni me satisface, sino que me disgusta y preocupa seriamente, es la tenencia que observo en esa criatura á la petulancia y al orgullo.

D. JUAN. Orgullo bien legítimo.

LATORRE. No; poco á poco. El orgullo no es legítimo nunca.

EMILIA. Bueno, dejemos esto.

LATORRE. Dejémoslo.

D. JUAN. Lo jugaremos baratito, ¿eh?

EMILIA. Como tú quieras.

LATORRE. ¿A céntimo?

D. JUAN. A céntimo

LATORRE. Se me ocurre una idea *terminosa*.

EMILIA. ¿Qué es ello?

LATORRE. Que en vista de que esta habitación está más calentita de lo que apetece el cuerpo, podíamos trasladarnos al cenador del jardín.

EMILIA. *(A D. Juan.)* ¿Qué le parece á usted?

D. JUAN. ¿A mí? Admirable.

ESCENA III

D. JUAN y PERICO

LATORRE. *(Viendo entrar á Perico.)* ¡Hombre! No podías llegar con más oportunidad.

PERICO. Buenas tardes tengan ustedes. ¿Cómo siguen ustedes?

EMILIA. Perico, te pasas de fino. Se dan las buenas tardes y se pregunta por la salud cuando se va á ver á unas personas ó se las encuentra uno; pero cuando se vive en la misma casa y á cada momento las está viendo, no hay para qué estar saludando á cada instante.

LATORRE. Perico es de opinión de que lo que abunda no daña, ¿verdad?

PERICO. (*Maquinalmente.*) Yo, sí, señor.

EMILIA. Yo le digo estas cosas, no para regañarle, sino para enseñarle, porque á él le gusta aprender, ¿verdad?

PERICO. Yo, sí, señora.

D. JUAN. Parece un buen muchacho, aunque algo arrimadillo á la cola, ¿eh?

PERICO. Yo, sí, señor.

LATORRE. Bueno, Perico, basta de matemáticas. Vas á llevar esta caja, con mucho cuidado de que no se te caiga nada, al cenador del jardín. (*Perico va á coger la caja del tréssillo tembloroso y azorado.*) No te aturdas, Perico. ¿A qué viene ese miedo? Tú lo cogerás todo muy bien y lo llevarás perfectamente. (*Perico va colocando las cajitas de las fichas y las barajas con mucho esmero.*) ¿Lo ves? Muy bien. No hay que ser corto de genio. Hay que ser sereno, tranquilo.

PERICO. Bien, sí, señor. (*Sale conduciendo con mucho cuidado la caja.*)

LATORRE. Con la humildad que le sobra á esta criatura y la petulancia que á mi hijo le sobra, se podría hacer un carácter muy aceptable.

EMILIA. ¡Adiós!..Ya salió la petulancia del pobre Alfonso. No piensas en otra cosa.

LATORRE. Hija, cómo que me preocupa seriamente defecto tan grande.

D. JUAN. Pues el chico, como estudioso, es una alhaja.

EMILIA. Y como bueno.

LATORRE. ¡Dale bola! Pues por eso precisamente me disgusta tanto ese defecto, que echa á perder lo mucho que vale. Cuando cae una mancha, siempre es desagradable; pero cuando cae en un traje de gran valor, todavía se siente más.

D. JUAN. Eso es cierto.

LATORRE. Naturalmente; si lo que para las madres todo cae en gracia, y si trata uno de corregir un defecto, es que la ha tomado con el chico.

D. JUAN. ¡Ea! Haya paz, y vámonos al cenador á jugar nuestra partidita.

EMILIA. Vamos allá.

LATORRE. Vamos. (*Al salir se encuentran con Perico que vuelve.*)

PERICO. ¿Mandan ustés alguna cosa más?

LATORRE. No, hombre, no. Vete á jugar con los niños. ¿No los has visto? Deben de estar por el jardín. (*Salen todos menos Perico.*)

ESCENA IV

PERICO y luego ALFONSITO, RAFAEL y JACOBO

PERICO. ¡Ya lo creo que sé dende están! Pero no me he atrevido á juntarme con ellos. A los señóricos que han venido hoy no los conozco, y siempre serán tan burlones como el de casa, que no abre uno la boca sin que sería de te lo cue uno dice. Yo no he deprendido á hablar mejor. ¿Qué culpa tengo yo? Ellos tienen muchos buenos maestros y unos libros bien preciosos pa estudiar, y yo, las herramientas pa escardar, pa cavar, pa partir leña. Esos son tos mis libros que yo tengo pa estudiar finuras. Y ya me gustaría, ya, saber de lo que saben los que saben; pero qué remedio. A falta de pan buenas son tortas, como el otro que dice, y lo que no pue ser no pue ser, como yo digo. (*Entran Alfonso, Rafael y Jacobo.*)

RAFAEL. ¿Este es Perico?

PERICO. Pa servir á Dios y á ustés. ¿Cómo siguen ustés? Digo, no, que me ha dicho la señora que no se saluda para andar por casa.

Continuará.



RELATOS DE CAZA

UNA VENGANZA

El tío Pedro no estaba muy conforme. Es cierto que Juan aseguró que él tiró sobre la liebre, y que, interponiéndose el perro, recibió la perdigonada en mitad de la cabeza y con ella la muerte; pero ¿no pudo ser intencionado aquel disparo? ¿No era muy difícil semejante equivocación en un tirador tan experto como Juan...? Lo que sin duda había allí era una oculta envidia, ya que su difunto perro no tenía rival en levantar pájaros, en acuciar liebres y conejos y en acosar ciervos y jabalíes, mientras que el de Juan, grandote y basto, apenas servía para cobrar las piezas muertas.

Esta sospecha, al principio débil é inconsistente, fué tomando cuerpo en su imaginación hasta convertirse en firmísima convicción de que había sido víctima de una villanía. Entonces prometiéndose á sí mismo tomar cumplida venganza en el perro de Juan, y con este fin se lo pidió varias veces para llevarlo de caza; pero el taimado, como si adivinara sus intenciones, se lo negó siempre con vanos pretextos. Cerrado este camino, que era el más expedito, acudió á la astucia, y siempre que se encontraba al can halagábalo con caricias y le daba bocaditos de pan tierno y algunas tajadillas de carne, tentándolo con estas golosinas para que poco á poco se fuera acostumbrando á seguirle sin recelo. Cuando esta diplomática conducta dió de sí los resultados apetecidos, salió el tío Pedro una tarde llevando tras sí al perro. De vez en vez

le echaba una poca carne, y así, andando, dejaron á sus espaldas las últimas casas del pueblo. Era el día de los calurosos de Agosto, y á pesar de que la tarde estaba ya próxima á morir, todavía se sentía un gran bochorno, pues ni el más ligero hálito de brisa corría por el ancho y reseco campo. La Naturaleza mostrábase exhausta en los amarillentos rastrojos; pero espléndida y lujuriente en los majuelos, donde los verdes pámpanos serpeaban graciosamente entre los ásperos terrones. Al fin, pasados los viñedos, llegaron á un olivar, silencioso y solitario retiro hecho que ni de molde para el cumplimiento de su plan. El tío Pedro se detuvo bajo un olivo de corcovado tronco, y sacando una cuerda, hizo un nudo corredizo, sin dejar de mirar al perro, que frente á él se había sentado sobre sus patas traseras.

—¡ Para el mío, el tiro, y para el suyo, la horca...!—exclamó arrojándose sobre el descuidado animal.

Cuando éste se vió sujeto revolvióse contra su enemigo, y trabó



con él una lucha desesperada. El cazador le agarró de una pata; pero él, irguiéndose, con el pelo erizado y los ojos fosforescentes, hizo presa en su hombro, le arañó el rostro, y por fin le mordió tan fuertemente en la mano, que le obligó á soltarle...

—¡ De manera que toda mi venganza ha sido hartar de pan y de carne...!—dijo el tío Pedro viéndolo huir por entre los recios troncos.

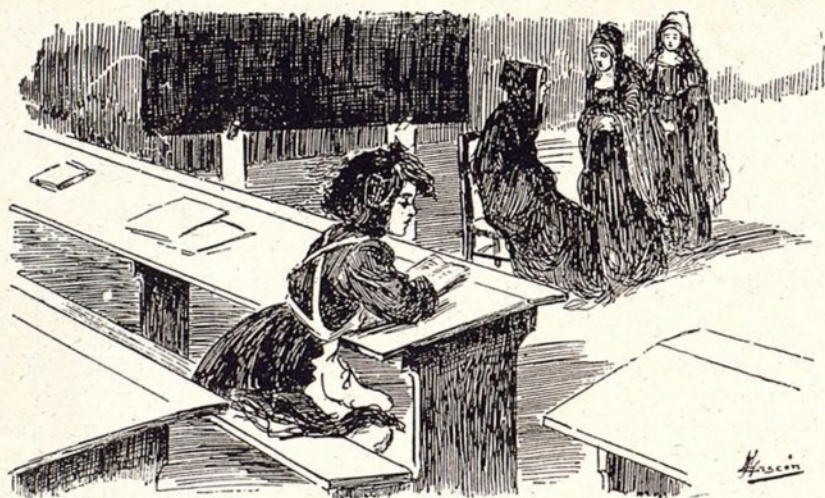
José A. LUENGO.



ULTIMOS MOMENTOS DEL GENERAL DUROC

Duroc fué, uno de los generales más queridos de Napoleón. Era un gran soldado y un gran diplomático, pues lo mismo ganaba una batalla que negociaba la paz. Después del combate de Wurtzen (1813), le hirió mortal-

mente una bala perdida. El emperador, angustiado, le asistió en sus últimos momentos, escuchando estas palabras, las últimas que pronunció Duroc: «Sólo es'ento perder la vida por si aún os hubiera sido útil.»



LAS BONDADADES DE NINI

XXXVIII

Dios me ampare! ¡Bonita me ha resultado la diversión! ¡Vaya una hora de recreo! ¡Yo que pensaba haberme reído tantísimo! Se han ido todos... todos... ¡hasta Luz! ¡Mientras las niñas y las madres están en el jardín riendo y jugando, yo aquí, aburrída, sin poder salir de las salas, ¡y menos mal que no me han encerrado y puedo entrar y salir en todas las clases! ¡Pero ni correr, ni saltar, ni ver los pájaros, ni las flores, ni nada! Es un poquito tonta la madre Rosario; sí, señor; lo digo aunque la quiero mucho. ¡El prender cucuruchos no es una falta tan grande para que se me castigue! Yo sólo lo he hecho porque tenía ganas de reirme... y lo que es esas ganas no se me han quitado, no; ¿qué haría yo para reirme, señor? ¡Oh, qué magnífica idea! Volví á hacer cucuruchos... y... ¡me puse á cazar moscas! ¡Apenas las cazo yo bien...! ¡Zas, zas, zas...! hago así con la mano, y mosca cogida. Conforme las fui cogiendo las metí en los cucuruchos... pero no todas juntas... ni tampoco una á una... ¡no, pobrecitas; se aburrirían tanto como yo si estuviesen solas! Puse en cada papel dos para que jugasen... ¡Lo malo fué que había pocas moscas y no pude llenar muchos cucuruchos...! Después pensé colocar ese *regalo* en los pupitres de las madres, y así lo hice; me fuí á las clases y metí la parejita de moscas en cada pupitre. Cuando llegué al de la madre Rosario dudé un ratito, ¡la quiero tanto!, pero en seguida pensé que me había castigado, y metí también el cucuruchito de las moscas. Luego me senté, porque oí que tocaban á estudio y volvían del recreo todas

Cuando entraron, la madre Rosario me miraba mucho, así como si quisiera saber por mi cara lo que había hecho; pero como yo estaba muy seria y formal estudiando... es decir, estudiando no, porque mis libros apenas si tenían hojas, pero, en fin, haciendo como que estudiaba, no me conoció nada.

Al cabo de un rato, entró en clase otra madre, y luego otra, y luego otra, y luego otra, ¡muchas! y se pusieron á cuchichear con la madre Rosario. ¡Anda, salero!—pensaba yo.—Se conoce que el cucurucho habrá empezado á dar saltos con las moscas dentro, y al abrir sus pupitres, se habrán asustado las monjitas; ¡qué risa...! Y dirán... ¿pero cómo será que los cucuruchos andan solos...? y no sabrán en qué consiste... También pensé que quizá adivinasen lo que había ocurrido y me regañasen mucho; pero vi que las madres se marcharon y ninguna me dijo nada, ni siquiera la madre Rosario. Así es que me quedé tan tranquila. Pasó la tarde, y me dejaron bajar al jardín; ¡corrí más!

—¡Cuánto juegas, Niní!—me dijo la madre Rosario.

—Es por lo que no he jugado por la mañana—contesté.

—¡Pobrecita Niní! ¡Te habrás aburrido muchísimo!—dijo ella.—Mira, antes de que toquen á *reposo*, antes de que todas digáis la oración de la noche, vas á venir conmigo á hacer una visita á tu amigo el Niño Dios.

—¡Ay, qué gusto!

Conque así sucedió: cuando se pasó la tarde y cenamos, me cogió la madre Rosario de la mano y nos fuimos por los *claustros* adelante... ¡ah! porque se me ha olvidado decir que los pasillos no se llaman pasillos, sino *claustros*.

Llegamos, y yo empecé á decir:

—¡Hola, Niño Dios! Yo estoy bien, ¿y tú?

—¡Niní!—dijo la madre Rosario.—Vamos á rezar.

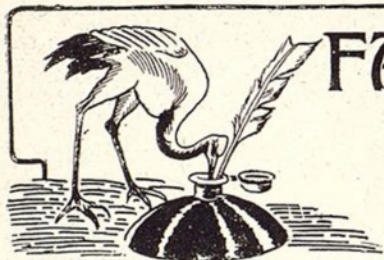
—Vamos.

Rezamos por mis papás, y por mis abuelos, y por las Animas, y por el Corazón de María, y por el de Jesús; y de pronto, yo me quedé estupefacta oyendo decir á la madre Rosario:

—¡Un Padrenuestro, para que Dios perdone á Niní el susto que ha dado á las madres con los cucuruchos volantes!

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.





FABULAS ESCOGIDAS

LA COMPRA DEL ASNO

Ayer por mi calle
pasaba un borrico,
el más adornado
que en mi vida he visto.
Albarda y cabestro
eran nuevecitos,
con flecos de seda
rojos y amarillos.
Borlas y penacho
llevaba el pollino,
lazos, cascabeles
y otros atavíos.
Y hechos á tijera,
con arte prolijo,
en pescuezo y anca
dibujos muy lindos.
Parece que el dueño,
que es, según me han dicho,
un chalán gitano
de los más ladinos,
vendió aquella alhaja
á un hombre sencillo;
y añaden que al pobre
le costó un sentido.
Voiviendo á su casa
mostró á sus vecinos
la famosa compra,
y uno de ellos dijo:

“Veamos, compadre,
si este animalito
tiene tan buen cuerpo
como buen vestido.”
Empezó á quitarle
todos los aliños,
y bajo la albarda,
al primer registro,
le hallaron el lomo
asaz mal ferido
con seis mataduras
y tres lobanillos,
amén de dos grietas
y un tumor antiguo,
que bajo la cincha
estaba escondido.
“¡Burro!—dijo el hombre—
más que el burro mismo
soy yo, que me pago
de adornos postizos.”

A fe que este lance
no echaré en olvido,
pues viene de molde
á un amigo mío,
el cual á buen precio
ha comprado un libro
bien encuadernado,
que no vale un pito.

TOMÁS IRIARTE.



LA MUSICA

II

En la historia de las civilizaciones, la primera indicación de un arte musical establecido sobre bases fijas y constantes se encuentra en la India, en época infinitamente remota. Se atribuyó por los indios el origen de la música á Sereswati, diosa de la palabra, y también es fama que inventó el *vinia*, primer instrumento músico de que se tiene noticia y que debía asemejarse á la flauta.

La teoría musical de la India consta en dos libros escritos en lengua sánscrita llamados *Rāgaśbodha* (doctrina de los modos musicales), trabajo atribuído á un célebre tocador de *vinia*, llamado Soma, y *Devanagasi*, que es una especie de enciclopedia, una de cuyas partes trata de música. Los indios antiguos conocían siete notas que se llama-

ban *sa-ri-ga-ma-pa-dha-ni*, y los sonidos que representaban eran algo parecidos á los de nuestros *la-si-do-re-mi-fa-sol*.

El más antiguo sistema de notación musical, es decir, de escritura de música, se debe también á los indios, que representaban cinco de sus notas por medio de las consonantes con que sus nombres comienzan, y las otras dos con las vocales *a i*. Una flor de loto escrita ó dibujada á continuación de unos signos musicales indica el final de un canto.

En Egipto, y según testimonio de Herodoto, se tocaba la flauta y se cantaban himnos en las ceremonias religiosas y en las funerarias. Por las pinturas murales se ve que los instrumentos que los egipcios usaban eran: el harpa, la lira de tres ó cuatro cuerdas, el psalterio, diferentes clases de flautas y el tambor ó timbal.

Uno de los pueblos que más cultivó el arte musical fué el hebreo, y tanto la música instrumental como la vocal, pues ambas las conoció, fueron empleadas principalmente en dar mayor esplendor y solemnidad á las funciones religiosas. Moisés compuso el primer himno en loor de Jehová, y en el canto de victoria que entonó con los israelitas después del paso del mar Rojo, se ve que las mujeres tomaban parte en las fiestas religiosas y que la música vocal estaba acompañada con bailes y con el sonido de instrumentos.

Bajo el reinado de David y más tarde de Salomón se dió gran impulso al cultivo de la música, no ya sólo para lo religioso, sino también para acompañar á las tropas en sus empresas guerreras, y aun para regalo del oído en los banquetes y festines.

En Grecia como en los demás pueblos se atribuyó á la música un origen divino, y así el dios Pan inventó la *siringa* (ó flauta de Pan); Apolo inventó la lira, y Minerva, la flauta. Tenían además para animar á las tropas la trompa, hecha con el cuerno de un toro ó de un carnero; los platillos y el tambor.

Pero indudablemente la música que cantaban los *acedas* ó poetas de que habla Homero, no debían ser otra cosa sino una especie de declamación (recitado más bien) acentuado por la flauta ó por la lira, que marcaban la cadencia.

Más adelante, allá por el año 586 antes de nuestra era, se observa ya un progreso consistente en separar el canto del acompañamiento, confiando cada cosa á un instrumento distinto, y como éstos tenían que tocar muchas veces sin apoyar la palabra humana, hubo necesidad de que expresaran sonidos armoniosos, ligados y formando un conjunto, de forma que retuviesen la atención del público.

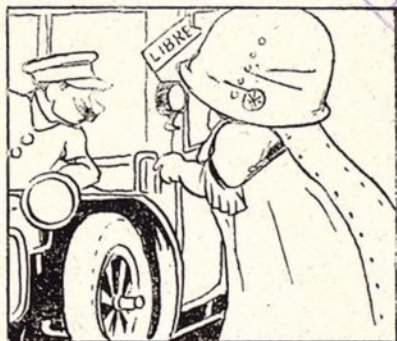
Desde entonces empezó la música á adquirir mayor importancia, y fué siempre unida á las representaciones teatrales.

IBAN ANTON.

UN EXITO



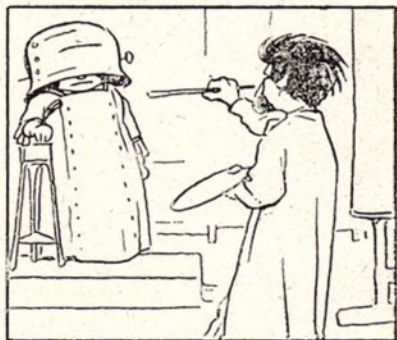
Cuentan que doña Pamposa
se puso su *foilette* más vistosa.



Tomó un *auto* de plaza, y al momento
fué a ver a un pintor de gran talento.



Le encargó su retrato, á condición
de molestarla sólo *una vez*.



Y hecho el trato sin más *inconvenientes*,
mó el artista los rasgos más *salientes*.



Poco después marchábase el *modelo*,
y él, con gran desazón, miraba al suelo.



De repente brotó su *inspiración*,
y, dando un salto, abandonó el *sillón*.



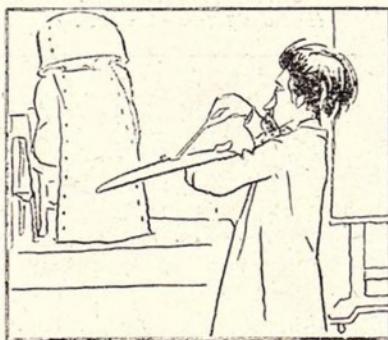
Cogió un saco de ropa bien repleto
para salir con bien de aquel aprieto.



Y adaptándole un trapo al largo justo,
logró vestirse pronto y á su gusto.



Por remate le puso una caldera,
quedando la figura ¡de primera!



Y antes de un mes tan peregrina idea
le hizo acabar con suerte su tarea.



La interesada, amigos é invitados
ante la obra quedaron admirados.



Y tal fué de entusiasmo la explosión,
que á poco le hacen polvo el esternón.